

Charles Dickens

LA DECLARACIÓN DE GEORGE SILVERMAN

Epílogo de Rafael Reig



Nadie podrá dejar de amar y compadecer a George Silverman una vez conozca su historia, la que narra esta fascinante novela corta, una de las menos conocidas pero más bellas de su autor, el gran novelista británico del siglo XIX. George es pobre y siempre tiene hambre; ha pasado su corta existencia en un lúgubre sótano; sus padres acaban de morir... Pero, por fin, va a salir al exterior; a una vida más pura, como insinúa cínicamente su nuevo tutor, el Hermano Hawkyard, uno de esos personajes dickensianos tan inolvidables como retorcidos. En el 'exterior' conocerá otras formas de desconsuelo, pero también el amor.

CAPÍTULO PRIMERO

Ocurrió de este modo.

Pero, sentado, pluma en mano, mirando de nuevo estas palabras sin encontrar ninguna insinuación en ellas de las palabras que deberían seguir, se me ocurre que tienen una apariencia brusca. Sin embargo, pueden servir, si las dejo, para indicar lo muy difícil que me resulta comenzar a exponer mi declaración. Una frase tosca. Y a pesar de todo no veo la manera de hallar otra mejor.

CAPÍTULO SEGUNDO

Ocurrió de este modo.

Pero miro estas palabras, y comparándolas con mi inicio anterior, descubro que son las mismas palabras repetidas. Esto es lo más sorprendente, porque las empleo con una acepción completamente nueva. En efecto, declaro con firmeza que mi intención era descartar el comienzo que primero pasó por mi cabeza, y dar preferencia a otro de naturaleza absolutamente distinta, situando mi declaración en un período anterior de mi vida. Haré un tercer intento, sin borrar este segundo fracaso, como muestra de que no tengo el propósito de ocultar ninguna de mis flaquezas, ya sean de la cabeza, ya del corazón.

CAPÍTULO TERCERO

No pretendo contarle todo directamente: lo desvelaré, mejor, poco a poco. Sin duda, es lo más natural, pues bien sabe Dios que así fue como sucedió.

Mis padres vivían en condiciones miserables, y el hogar de mi infancia fue un sótano en Preston. Recuerdo el ruido de los zuecos de Lancashire de padre, arriba, en la acera, como un ruido muy distinto, para mis jóvenes oídos, al de cualquier otro par de zuecos, y recuerdo que cuando madre bajaba al sótano yo trataba de adivinar su buen o mal humor por sus pies, sus rodillas, su cintura, hasta que por fin su cara saltaba a la vista y zanjaba la cuestión.

De esto se deduce que yo era retraído, que las escaleras del sótano eran empinadas y que la puerta de la calle era muy baja.

Madre tenía marcadas la crispación y la opresión de la miseria en el rostro, en el cuerpo y, no menos, en la voz. Sus agudas y tajantes palabras salían de su interior como si fueran el resultado de la presión ejercida por unos dedos huesudos en una bolsa de cuero, y tenía una forma de escudriñar el sótano mientras me reñía que resultaba feroz. Con los hombros encogidos, padre se sentaba en silencio en un taburete de tres patas, mirando hacia la parrilla vacía, hasta que ella le arrancaba el taburete de debajo y le mandaba traer algo de dinero a casa. Entonces, él subía tristemente por las escaleras y yo, sujetándome la camisa rota y los pantalones con una sola mano (mis únicos

tirantes) al mismo tiempo, hacía un movimiento en falso y esquivaba el tirón de pelo con el que madre me perseguía.

«Diablillo ansioso» era el nombre que madre solía darme. Bien llorase por la oscuridad o porque hacía frío o porque tenía hambre, bien me apretujase en una esquina templada cuando había lumbre o comiera vorazmente cuando había comida, ella seguía diciendo: «¡Oh, diablillo ansioso!». Lo que más me dolía era saber que decía la verdad. Un diablillo tan ansioso como para querer que me cobijaran y me calentaran, como para querer que me alimentaran. Ansioso hasta la codicia con la que comparaba en mi interior cuánto me llevaba yo de lo que obtenían padre y madre las raras veces que aparecían con algunas «cosas buenas».

En ocasiones, los dos se iban a buscar trabajo, y me encerraban en el sótano durante uno o dos días enteros. Entonces me volvía más «ansioso» que nunca. Solo y abandonado, me entregaba al ambicioso anhelo de tener lo suficiente de todo (menos de pobreza), y de desear la muerte del padre de madre, que era fabricante de máquinas en Birmingham, y a cuyo fallecimiento, había oído decir a madre, heredaría ella una manzana entera de casas, «si estaba en su derecho». Como un diablillo ansioso, yo esperaba sin hacer nada, encajando distraídamente los pies desnudos y fríos dentro de los ladrillos agrietados y los desconchones de suelo húmedo, pisando el cadáver de mi abuelo, por así decirlo, para entrar en aquellas casas y venderlas todas por alimentos y ropa que ponerme.

Al fin se produjo un cambio en nuestro sótano. El cambio universal cayó hasta allí, tan bajo (de igual modo que se encumbraría a cualquier altura a la que un ser humano pueda ascender), y trajo otros cambios con él.

Teníamos un montón de no sé qué hojarasca repugnante en el rincón más oscuro, al que llamábamos cama. Madre estuvo allí tendida, sin levantarse, durante tres días,

y luego empezó a reírse de cuando en cuando. Si alguna vez había oído su risa, fue en tan escasas ocasiones que el extraño ruido me asustó. También asustó a padre, y nos turnamos para darle agua. Luego empezó a mover la cabeza de un lado para otro y a cantar. Después de aquello, sin que ella mejorara, padre cayó enfermo y empezó a reír y a cantar, y entonces sólo quedé yo para darles agua a los dos, y los dos murieron.

CAPÍTULO CUARTO

Cuando me sacaron del sótano dos hombres –primero bajó sólo uno de ellos a echar un vistazo, pero salió corriendo y llamó al otro–, apenas podía soportar la luz de la calle. Estaba sentado en la acera, guiñando los ojos hacia la luz y hacia un corro de gente apiñada a mi alrededor, pero no demasiado cerca de mí, cuando, fiel a mi carácter de diablillo ansioso, rompí el silencio diciendo:

–¡Tengo hambre y sed!

–¿Sabe que han muerto? –le preguntó uno al otro.

–¿Sabes que tu padre y tu madre han muerto, los dos, de unas fiebres? –me preguntó un tercero, muy serio.

–No sé lo que es estar muerto. Me imaginé lo que significaba cuando el vaso castañeteaba contra sus dientes y el agua se derramaba sobre ellos. Tengo hambre, tengo sed.

Aquello era todo lo que yo tenía que decir.

El corro de gente se ensanchaba de dentro hacia fuera según iba mirando a mi alrededor, y olí a vinagre y a lo que ahora sé que es alcanfor, que habían arrojado a mis pies. Poco después alguien puso una gran olla de vinagre hirviendo en el suelo, a mi lado, y luego todos me observaban horrorizados en silencio mientras comía y bebía lo que me habían traído. Ya sabía por entonces que me tenían pánico, pero no podía evitarlo.

Estaba comiendo y bebiendo todavía, y un murmullo acerca de lo que iban a hacer conmigo a continuación ha-

bía comenzado a extenderse, cuando oí que una voz cascada decía desde algún punto del corro:

—Mi nombre es Hawkyard, Verity Hawkyard, de West Bromwich.

Entonces, el corro se rompió y un caballero de rostro amarillento y nariz picuda, vestido de gris hasta las polainas, se abrió paso a empujones junto con un policía y un agente de otra clase. Se adelantó hasta la olla de vinagre hirviendo, de la que se roció con cuidado, para luego rociarme a mí copiosamente.

—Este chico tenía un abuelo en Birmingham, que también acaba de morir —dijo el señor Hawkyard.

Me volví hacia quien hablaba, y dije de manera ruda:

—¿Y sus casas?

—¡Oh! Qué ambición más espantosa, y al pie de la tumba —dijo el señor Hawkyard, echándome más vinagre por encima, como si fuera a sacarme el demonio de dentro—. He aceptado la insignificante, muy insignificante, tutela de este chico, una tutela más bien voluntaria, sencillamente un asunto de honor, o más bien de caridad. Y a pesar de todo, cargo yo solo con ella, y cumpliré y será (¡oh, sí, lo será!) ejecutada.

Los curiosos parecían haberse formado una opinión mucho más favorable de aquel caballero que de mi persona.

—Ya le enseñaremos —dijo el señor Hawkyard—. ¡Oh, sí, claro que le enseñaremos! Pero ¿qué vamos a hacer con él de momento? Puede que se haya contagiado. Puede extender la enfermedad.

El corro se ensanchó considerablemente.

—¿Qué vamos a hacer con él?

Mantuvo una conversación con los dos agentes. Yo no reconocí ninguna palabra, salvo «granja». Había otro sonido que se repitió varias veces; entonces no tenía ningún sentido para mí, pero supe después que era Hoghton Towers.

—Sí —dijo el señor Hawkyard—, me parece interesante. Me parece suficientemente esperanzados. ¿Y le podemos dejar solo en una sala de hospital durante una o dos noches, dice usted?

Al parecer, había sido el agente de policía quien había dicho tal cosa, ya que fue él quien replicó: «¡Sí!». También fue el señor Hawkyard quien finalmente me cogió del brazo y me llevó por delante de él a través de las calles, hasta una habitación blanqueada en un edificio vacío, donde tenía una silla en la que sentarme, una mesa, un armazón de hierro y un buen colchón en el que tumbarme, y manta y colcha para taparme. Donde también tenía suficiente comida, y donde me enseñaron a limpiar la escudilla de hojalata en la que me la llevaban hasta que estaba bien limpia, como un espejo. Asimismo, allí me bañaron y me trajeron ropa nueva; quemaron mis trapos viejos y me alcanforaron y me envinagraron y me desinfectaron de varias maneras.

Una vez se había hecho todo esto (no sé si en muchos o en pocos días, pero no importa), el señor Hawkyard entró por la puerta y dijo, sin alejarse mucho de ella:

—Anda y pégate a la pared de enfrente, George Silverman. Todo lo lejos que puedas... Así está bien. ¿Cómo te encuentras?

Le conté que no tenía ni frío ni hambre ni sed. Que yo supiera, salvo el dolor de una paliza, aquélla era la esfera completa de los sentimientos humanos.

—Bien, George —dijo—, ahora irás a una casa sana para purificarte. Toma el aire todo lo que puedas. Vive al aire libre, hasta que te saquen de allí. Más te valdría no contar mucho (de hecho, deberías tener cuidado y no contar nada) sobre la muerte de tus padres, o puede que no les agrade alojarte. Pórtate bien y te llevaré a la escuela. Te llevaré a la escuela aunque no esté obligado a ello. Soy siervo del Señor, George, y he sido un buen siervo, un

buen siervo, durante estos treinta y cinco años. El Señor ha tenido un buen siervo en mí, y Él lo sabe.

Lo que entonces supuse que quería decir con esto, ni me lo imagino. De la misma forma que casi no sé cuándo empecé a comprender que era un destacado miembro de alguna oscura secta o congregación, en la que todos los que formaban parte de ella echaban una perorata a los demás cuando les apetecía, y entre los cuales tenía por nombre el de Hermano Hawkyard.

Aquel día, en el hospital, a mí me bastó con saber que el carro del granjero me esperaba en la esquina de la calle. No tardé mucho en subir: era el primer viaje que hacía en mi vida.

Me entró sueño y me dormí.

Primero me fijé en las calles de Preston mientras éstas se prolongaban, y entretanto, dentro de mí puede que me preguntase dónde estaba nuestro sótano, pero lo dudo. Yo era un diablillo tan ansioso que no pensé en quién enterraría a padre y a madre, o dónde los enterrarían, o cuándo. La pregunta de si comería y bebería de día y me arroparía de noche tan bien como en el hospital reemplazaba a aquellas otras preguntas.

El traqueteo del carro por una senda pedregosa me despertó. Descubrí que ascendíamos por una colina empinada donde la carretera se convertía en una pista llena de baches a través de un campo. Y así, pasando por los restos de una antigua terraza y de algunos toscos edificios anexos que alguna vez habían estado fortificados, y bajo una ruinoso puerta de entrada, llegamos a la vieja granja situada bajo la muralla de piedra, en el exterior del antiguo patio de Hoghton Towers, que yo miraba como un bobo salvaje, sin ver nada de particular allí, sin admirar la antigüedad y suponiendo que todas las granjas se parecían a aquélla, achacando la decadencia que percibía a la única y poderosa causa de toda ruina que conocía: la pobreza; echando un ojo al vuelo de las palomas, al ganado

de los establos, a los patos del estanque y al picoteo de las gallinas por el corral, con la hambrienta esperanza de que mataran a muchos para la cena mientras yo me alojara allí; preguntándome si las desgastadas ollas de leche que se secaban al sol serían buenas escudillas para que el amo me llenara el estómago, y si tendría que limpiarlas cuando hubiese acabado, conforme a mi experiencia en el hospital. Dudaba, acobardado, de si las sombras que pasaban sobre aquellas aéreas alturas, aquel luminoso día de primavera, no tendrían algo de la naturaleza de los ceños fruncidos que –sórdidos, asustados, hostiles– me hacían temblar.

Hasta entonces no había tenido la más ligera idea de lo que era el deber. Tampoco había tenido conocimiento de que existiera nada hermoso en esta vida. Cuando en alguna ocasión había trepado por las escaleras del sótano hasta la calle y había mirado los escaparates, lo había hecho sin un ánimo superior al que le suponemos a un cachorro sarnoso o a un lobezno. Igual que nunca había estado a solas, en el sentido de mantener una conversación altruista conmigo mismo. Muy a menudo estaba solo, pero nada más.

Así era mi carácter cuando me senté a cenar aquel día en la cocina de la vieja granja. Así era mi carácter cuando me tumbé en la cama aquella noche, estirado frente a la angosta ventana con parteluz, a la fría luz de la luna, como un joven vampiro.

CAPÍTULO QUINTO

¿Qué sé de Hoghton Towers? Muy poco en realidad, pues de tan agradecido, no he estado dispuesto a enturbiar mis primeras impresiones. Se trataba de una casa centenaria, alzada sobre un alto a una milla más o menos de la carretera entre Preston y Blackburn, donde Jaime I de Inglaterra, en sus prisas por fabricar dinero a base de fabricar baronets, había nombrado quizás a alguno de aquellos lucrativos dignatarios. Una casa centenaria, abandonada, y que se caía a pedazos, con sus bosques y jardines sin arar, sin pastizales desde hacía mucho. Los ríos Ribble y Darwen la contemplaban, y una vaga columna de humo, contra la cual ni siquiera la sobrenatural presciencia del primer Estuardo habría tenido una respuesta, indicaba la energía del vapor, poderosa a gran distancia.

¿Qué sabía entonces de Hoghton Towers? Cuando me asomé por primera vez a través de la verja del patio sin vida y me sobresalté ante la estatua mohosa que parecía su espíritu guardián; cuando me deslicé por las traseras de la granja y me colé en las envejecidas habitaciones, muchas de ellas con los suelos y los techos a punto de caerse, con las vigas y las traviesas colgando peligrosamente, la escalola desprendiéndose a medida que yo pisaba, los paneles de roble arrancados, las ventanas medio tapiadas o medio rotas; cuando descubrí una galería que dominaba la cocina antigua y miré entre las balaustradas hacia una enorme mesa vieja y unos bancos, con miedo a descubrir no sé qué muertos vivientes que entrarían y se sentarían y

me mirarían con ojos terroríficos, o sin ojos; cuando por toda la casa me asombraba de los huecos y resquicios por donde el cielo me observaba lleno de lástima, por donde cruzaban los pájaros y la hiedra crujía, y las manchas del invierno salpicaban los suelos podridos; cuando abajo, en el fondo de los oscuros huecos de la escalera, en los que se habían hundido los escalones, se agitaban las hojas verdes, revoloteaban las mariposas y zumbaban las abejas saliendo y entrando por las puertas rotas; cuando, rodeando toda aquella ruina, encontré dulces fragancias, estampas de hierba fresca y una vida continuamente renovada, con la que yo jamás había soñado; cuando, como digo, penetré en la nebulosa percepción que mi oscura alma podía comprender de todo aquello, ¿qué supe de Hoghton Towers?

He escrito que el cielo me miraba lleno de lástima. Ahí he anticipado la respuesta. Sabía que todas estas cosas me miraban llenas de lástima, y parecían susurrar y suspirar, no sin compasión: «¡Ah, pobre diablillo ansioso!».

Había dos o tres ratas en uno de los huecos de escalera más pequeños cuando me asomé estirando el cuello. Se peleaban por una presa, y cuando huyeron a esconderse en la oscuridad, pensé en mi vida anterior (tan lejana ya) en el sótano.

¿Cómo dejar de ser aquel diablillo ansioso? ¿Cómo no sentir por mí la misma repugnancia que sentía por las ratas? Me escondí en un rincón de una de las habitaciones más pequeñas, asustado de mí mismo y llorando (era la primera vez que lloraba por una causa que no fuera sólo física), e intenté no pensar en ello. Uno de los arados entró en mi campo visual justo entonces, y parecía ayudarme según marchaban sus dos caballos campo arriba y campo abajo tan silenciosa y mansamente.

En la familia de la granja había una niña que tendría mi misma edad, y que se sentaba frente a mí, en la estrecha mesa, a la hora de las comidas. Se me antojó, en nuestra

primera cena, que yo podría contagiarle las fiebres. Al principio no me inquietó la ocurrencia. Sólo había especulado sobre qué apariencia tendría yo en aquel estado, y sobre si moriría o no. Pero luego se me pasó por la cabeza que podría evitar que la niña cogiese las fiebres apartándose de ella: pensé que así mi acción sería menos malvada y egoísta.

Desde aquel instante, me retiraba a los secretos rincones de la casa en ruinas por la mañana temprano, y me quedaba allí escondido hasta que ella se iba a la cama. Al principio, cuando la comida estaba lista, les oía llamarme, y entonces mi voluntad flaqueaba. Pero yo la fortalecía, internándome aún más entre los escombros y escapando del alcance de sus oídos. A menudo la vigilaba desde las oscuras ventanas, y cuando veía que estaba sana y con buen color me sentía mucho más feliz.

De retenerla en mis pensamientos supongo que creció en mí un amor infantil que me humanizó. En cierto modo, me sentía dignificado por el orgullo de protegerla, por el orgullo de hacer aquel sacrificio por ella. Según se henchía mi corazón con aquel sentimiento nuevo, también se enternecía sin darme cuenta hacia padre y madre. Parecía que hubiese estado congelado antes y ahora se derritiese. Las viejas ruinas y todas las bellezas que las hechizaban no sólo me tenían lástima a mí, también les tenían lástima a padre y a madre. Por esta razón volví a llorar, y muy a menudo.

La familia de la granja estimó que yo tenía una forma de ser taciturna y eran muy secos conmigo, aunque nunca dejaron de tratarme de aquella accidentada manera que permitían las horas de las comidas. Una noche, cuando levanté el pestillo de la cocina a mi hora habitual, Sylvia (ése era su bonito nombre) acababa de salir de la habitación. Al verla subir por las escaleras de enfrente, me quedé quieto en la puerta. Ella había oído el sonido metálico del pestillo y había echado un vistazo alrededor.